

Adam Smith y su crítica del mercantilismo: Lecciones para el siglo XXI

Hemos aprendido a luchar con otras naciones en defensa común de nuestra libertad. Debemos ahora aprender a convivir con otras naciones para nuestro mutuo bienestar. Debemos aprender a comerciar más con otras naciones para que pueda haber, para nuestra mutua ventaja, mayor producción, más empleo y mejores niveles de vida en todo el mundo.

— Harry S. Truman¹

I

El pensamiento económico moderno encuentra sus raíces en la obra de Adam Smith, un filósofo y economista escocés del siglo XVIII. En su libro más influyente, *La riqueza de las naciones* (1776), este pensador no solo explicó los fundamentos del capitalismo y la economía de mercado, sino que lo hizo en el contexto de una crítica mordaz del “mercantilismo”, la doctrina económica predominante de su tiempo. Los mercantilistas promovían, entre otras cosas, la acumulación de riquezas mediante la regulación gubernamental del comercio y la economía, con un énfasis en las exportaciones y la limitación de las importaciones, mientras que Smith argumentó, en cambio, que la verdadera riqueza de una nación no reside en sus reservas de oro y plata, sino en su

capacidad para producir bienes y servicios de manera eficiente.

Esta crítica de Smith no solo revolucionó la teoría económica de su época, sino que sigue siendo relevante hoy en día. En un mundo globalizado, donde las políticas proteccionistas y las intervenciones estatales en la economía resuenan con fuerza, las lecciones de Smith ofrecen una perspectiva valiosa para entender los desafíos contemporáneos. Este ensayo explorará las críticas de Adam Smith al mercantilismo, destacando las enseñanzas que pueden guiar las políticas económicas en el mundo moderno. Al hacerlo, se pretende no solo rendir tributo a las ideas pioneras de este gran pensador, sino también evaluar su pertinencia y aplicación en la economía del siglo XXI.

II

El capitalismo, como fenómeno histórico, tuvo sus orígenes durante la transición del feudalismo al mercantilismo en Europa, en los períodos del Renacimiento y la Ilustración. Este proceso fue impulsado por varios factores, entre los que destacan la expansión de las rutas comerciales y el surgimiento de una economía de mercado más dinámica y compleja.

¹“Discurso ante Sesión Conjunta del Congreso de Estados Unidos” (Abril 16, 1945).

Es fundamental entender, sin embargo, que el mercantilismo, que dominó tanto la teoría como la práctica económicas en Europa durante los siglos XVI, XVII y XVIII, ofrecía una perspectiva radicalmente diferente a las ideas de libre comercio que serían propuestas por pensadores posteriores.

Los mercantilistas abogaban por una fuerte intervención estatal en la economía, promoviendo políticas comerciales proteccionistas y la acumulación de metales preciosos como principal medida de la riqueza nacional. Estos enfoques se contraponen a los ideales de libre comercio y mercado abierto que serían defendidos posteriormente. Uno de los principios más importantes del pensamiento mercantilista era la creencia en una visión de suma-cero del comercio internacional. Según esta visión, la ganancia de un país se consideraba automáticamente como la pérdida de otro, lo cual contrasta fuertemente con la noción de comercio mutuamente beneficioso articulada por economistas como Adam Smith en el siglo XVIII y David Ricardo en el siglo XIX.

Para los mercantilistas, el comercio exterior era visto como la principal fuente de riqueza nacional, y por ello buscaban obtener superávits comerciales mediante el uso de aranceles, subsidios y la creación de monopolios, frecuentemente a expensas de los consumidores domésticos, ya que las políticas mercantilistas priorizaban los intereses del Estado y de las élites mercantiles sobre los de la población en general. Esta estrecha alianza entre el gobierno y los intereses mercantiles dio lugar a sistemas de privilegios monopólicos, que los críticos consideraban antitéticos a los principios de libre competencia y libertad individual defendidos por teóricos como Smith, quien más bien trató de explicar los factores que

determinan el progreso económico dentro del contexto de una economía no regulada ni sujeta a restricciones artificiales, y formulando las políticas económicas que podrían implementarse para crear un ambiente favorable para un progreso económico sostenible a largo plazo.

III

Previo a una discusión del “modelo” smithiano, conviene aclarar que en la práctica la evaluación de cualquier política económica siempre dependerá, no sólo de consideraciones técnicas, sino también de supuestos “meta-económicos” que muchas veces son reflejo de juicios de valor implícitos y tan arraigados que su influencia pasa desapercibida — aunque no por ello menos reales.

Uno de estos supuestos, que rara vez se plantea explícitamente, aun cuando es ampliamente compartido de manera implícita, es que el criterio final para la evaluación de una política económica debe ser su efecto sobre el bienestar económico de la gran mayoría del pueblo. Este supuesto nos parece hoy en día tan evidente que muchos incluso cuestionarían la necesidad de plantearlo abiertamente. Lo que generalmente se pierde de vista, sin embargo, es que este criterio es de hecho muy moderno. Antes de Adam Smith, por ejemplo, predominaban ideas muy diferentes, y como bien señala Edwin Cannan, en un ensayo conmemorativo ya casi completamente olvidado, uno de los grandes cambios permanentes que introdujo Smith en el análisis económico fue la noción de que, cuando se habla de la “Riqueza de las Naciones”, el concepto de “nación” debe interpretarse en un sentido amplio, tomando en cuenta los intereses del pueblo entero, y no únicamente los del soberano o de las clases domi-

nantes: "... no puede ser perjudicial para el todo social lo que aprovecha a la mayor parte de sus componentes. Ninguna sociedad puede ser floreciente y feliz si la mayor parte de sus miembros son pobres y miserables".²

El gran mérito de Smith radica en haber implantado este criterio en una época en que predominaban opiniones totalmente opuestas. Concretamente, las ideas smithianas plantean un marcado contraste con las de los "mercantilistas", para quienes el objeto de la política económica consistía fundamentalmente en acrecentar el poder del Estado, y el bienestar económico del pueblo era en todo caso un motivo secundario. Más bien, muchos mercantilistas de hecho consideraban la *pobreza* de la clase obrera como algo positivo y beneficioso para la nación. Claramente se aprecia aquí que los conceptos de "pueblo" y "nación" no coinciden en este esquema.

Como ejemplo de este contraste, podemos citar las opiniones del mercantilista Bernard Mandeville, quien publicó la segunda edición de su *Fábula de las abejas* apenas medio siglo antes de *La riqueza de las naciones*: "... resulta evidente que, en una nación libre donde no se admite la esclavitud, la riqueza más segura consiste de una multitud de pobres laboriosos". Esta observación es repetidamente enfatizada: "... es del trabajo de los pobres ... de donde provienen las comodidades de la vida [Sin embargo] no tenemos apenas suficiente gente pobre para desempeñar los trabajos necesarios

para nuestra subsistencia". Enseguida señala este autor que "el grueso de la sociedad ... en todas partes debería consistir de los pobres laboriosos", y más adelante hace referencia a "... las vastas multitudes de pobres laboriosos que se requieren para formar una gran sociedad".³

Debido a esto Mandeville expresa, sin ningún rodeo, la conveniencia de mantener en la pobreza a la clase obrera: "[Los pobres] no deben pasar hambre, pero tampoco deben recibir nada que les permita ahorrar a todas las naciones ricas les conviene que la mayor parte de los pobres casi nunca estén ociosos, y también de que gasten continuamente lo que reciben". En otro lugar señala: "He planteado la máxima, que nunca debe ser violada, de que los pobres deben mantenerse empleados, y que sería prudente aliviar sus necesidades, pero un gran error curarlas del todo".⁴

Por estas mismas razones, Mandeville se oponía a la educación de la clase obrera: "Para tener una sociedad feliz y un pueblo contento en la mayor pobreza, es necesario que un gran número de ellos sean ignorantes, además de pobres". En otra parte, se queja de que "las gentes de los rangos inferiores saben demasiado como para poder servirnos".⁵

³Bernard Mandeville, *The Fable of the Bees* [1723], ed. F. B. Kaye [Oxford University Press, 1924], vol. 1, pp. 287, 301-02, 355-56.

⁴*Ibid.*, pp. 193-94, 248.

⁵*Ibid.*, pp. 287-88, 302. El editor de Mandeville, F. B. Kaye, trata de atenuar la crudeza de estas afirmaciones, señalando que hoy en día tendemos a juzgarlas desde un punto de vista "humanitario" que apenas existía en tiempos de Mandeville — cf. "Introduction," p. lxx (aprovecho para rendir tributo al notable trabajo editorial del

²Adam Smith, *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* [1776] (México: Fondo de Cultura Económica, 1958), p. 77 — cf., Edwin Cannan, "Adam Smith as an Economist," *Economica*, No. 17 (1926): 126-29.

Algunos podrían cuestionar la identificación de Mandeville como un “mercantilista,” dado que se puso de moda en el siglo XX reclamarlo más bien como un precursor del liberalismo clásico y de la tradición que concibe la sociedad como un “orden espontáneo”.⁶ Por otra parte, Eli Heckscher, autor del tratado definitivo sobre el mercantilismo, lo ubica sin rodeos en el campo mercantilista.⁷ Quizá lo más correcto sea considerarlo como una figura de transición entre las dos concepciones. En todo caso, los pasajes que he-

Profesor Kaye, especialmente su magnífico ensayo introductorio, obra maestra de impecable erudición). Esta observación es justa, aunque también es cierto que, visto en esta perspectiva, el contraste con el punto de vista smithiano resulta aún más marcado. En todo caso, es evidente que la concepción mercantilista de la riqueza es eminentemente “clasista”: en este esquema la “riqueza” de una nación no consiste de los bienes y servicios de que dispone el pueblo para satisfacer sus necesidades, sino de los recursos de que disponen las clases dominantes para la realización de sus propios proyectos y empresas. Estos dos objetivos rara vez serán coincidentes.

⁶Cf., por ejemplo, Norman Barry, “The Tradition of Spontaneous Order,” *Literature of Liberty*, 5 (2) (1982): 16-20.

⁷*La época mercantilista* (México: Fondo de Cultura Económica, 1943): “La idea central del mercantilismo podría expresarse así: hay que tomar a los hombres como son y enderezarlos, empleando para ello medios hábiles, en la dirección que convenga al interés del estado. Nadie ha expresado esta idea mejor que Mandeville (1723): ‘Los vicios de los individuos pueden convertirse en beneficios públicos mediante los hábiles manejos de políticos diestros’ [las itálicas son de Heckscher]. Esto quería decir, en primer lugar que los intereses económicos privados del individuo debían ponerse al servicio del Estado” (pp. 734-735).

mos citado son bastante representativos del punto de vista mercantilista sobre este tema, y podemos también encontrar en Mandeville muchos otros ejemplos de expresiones típicamente mercantilistas.⁸

IV

Estas expresiones de Mandeville nos parecen hoy en día chocantes y mezquinas, y pocas personas comparten el sistema de valores que se refleja en ellas — o cuando menos, no lo manifiestan abiertamente. Las ideas de Adam Smith, en cambio, expresan sentimientos más liberales y generosos, y parecen concordar mejor con el consenso de la opinión moderna sobre el tema. Con estas consideraciones en mente, cabe plantearse entonces la siguiente interrogante: ¿Cuál es el sistema económico más adecuado para maximizar la “Riqueza de las Naciones”, entendida ésta en sentido amplio?

Según Smith, tanto el nivel del ingreso real per cápita como su tasa de crecimiento dependen esencialmente de “la aptitud, destreza y sensatez con que generalmente se ejercita el trabajo”,⁹ es decir,

⁸La siguiente cita debería despejar toda duda al respecto: “Los buenos políticos, mediante hábiles manejos, imponiendo fuertes tributos sobre ciertos bienes, o prohibiéndolos del todo, y reduciendo los derechos sobre otros, pueden siempre desviar el curso del comercio en la dirección que se les antoje, Pero ante todo, deberán vigilar cuidadosamente el balance comercial, y nunca permitir que las mercancías extranjeras importadas en un año, excedan en valor lo que de sus propias manufacturas exporten a otros [países] en el mismo período” (Mandeville, *op. cit.*, p. 116).

⁹Smith, *La riqueza de las naciones*, p. 3. Es significativo que ya en la primera línea de la primera página del libro Smith expresa: “El

de lo que hoy en día llamaríamos la productividad laboral. A su vez, Smith atribuía las diferencias internacionales e inter-temporales en la productividad a diferencias en el grado de división del trabajo. Para ilustrar los efectos de la división del trabajo, Smith recurrió al ejemplo de una manufactura “de poca importancia”: la industria de alfileres. Aún hoy en día no deja de maravillarnos la siguiente relación:

Un obrero que no haya sido adiestrado en esa clase de tarea, ... , por más que trabaje, apenas podría hacer un alfiler al día, y desde luego no podría confeccionar más de 20. Pero dada la manera como se practica hoy día la fabricación de alfileres, no sólo la fabricación misma constituye un oficio aparte, sino que está dividida en varios ramos, ... Un obrero estira el alambre, otro lo endereza, un tercero lo va cortando en trozos iguales, un cuarto hace la punta, ... En fin, el importante trabajo de hacer un alfiler queda dividido de esta manera en unas 18 operaciones distintas, ... He visto una pequeña fábrica de esta especie que no empleaba más de diez obreros, donde, por consiguiente, algunos tenían a su cargo dos o tres operaciones. Pero a pesar de que eran pobres y, por lo tanto, no estaban bien provistos de la maquinaria debida, podían, cuando se esforzaban, hacer entre todos, diariamente, unas doce libras de alfileres. En cada libra había más de 4,000 alfileres de tamaño mediano. Por consiguiente, estas diez personas podían hacer cada día, en conjunto, más de 48,000 alfileres, cuya can-

tidad dividida entre diez correspondería a 4,800 por persona.¹⁰

¿A qué se debe este fantástico incremento en la productividad del trabajo? Smith lo explica en términos de tres factores básicos:

[Primero] de la mayor destreza de cada obrero en particular; segundo, del ahorro de tiempo que comúnmente se pierde al pasar de una ocupación a otra, y por último, de la invención de un gran número de máquinas, que facilitan y abrevian el trabajo, capacitando a un hombre para hacer la labor de muchos.¹¹

Por otro lado, un factor que *limita* la división del trabajo en un lugar y momento determinados es el tamaño del mercado:

Así como la facultad de cambiar motiva la división del trabajo, la amplitud de esta división se halla limitada por la extensión del mercado. Cuando éste es muy pequeño, nadie se anima a dedicarse por entero a una ocupación, por falta de capacidad para cambiar el sobrante del producto de su trabajo, en exceso del consumo propio, por la parte que necesita de los resultados de la labor de otros.¹²

Debido a esto, aún si un mayor grado de división del trabajo es *técnicamente* factible, su factibilidad *económica* estará limitada por la extensión del mercado. Dicho de otra forma, la expansión del mercado para un producto resultará en un mayor grado de división del trabajo, incrementando la productividad. Esta proposición es de la mayor importancia para entender los aspectos dinámicos del crecimiento económico. Por estas mismas razones, las

trabajo anual de cada nación es el fondo que en principio la provee de todas las cosas necesarias y convenientes para la vida, y que anualmente consume el país”. Es decir, Smith identifica la riqueza de las naciones con la producción de bienes de consumo, definición que contrasta marcadamente con la entonces predominante tradición mercantilista, que identificaba la riqueza con el *dinero* en sí.

¹⁰*Ibid.*, pp. 8-9.

¹¹*Ibid.*, p. 11.

¹²*Ibid.*, p. 20.

restricciones al comercio internacional tendrán efectos adversos sobre la productividad, ya que necesariamente limitan el tamaño del mercado, impidiendo la división internacional del trabajo. En cambio, el comercio libre y abierto tiene el efecto opuesto:

Gracias al comercio exterior, la limitación del mercado doméstico no impide que la división del trabajo sea llevada hasta su máxima perfección. Abriendo un mercado más amplio para cualquier porción del producto del trabajo que exceda las necesidades del consumo doméstico, lo estimula para perfeccionar y fomentar las fuerzas productivas, de suerte que alcance un desarrollo considerable el producto anual y, por consiguiente, la riqueza y la renta efectiva de la sociedad.¹³

Por tanto, el problema del desarrollo económico es para Smith en última instancia un problema institucional: ¿cuál es el sistema que mejor garantiza el pleno desenvolvimiento del potencial económico de una nación? Sabemos, por supuesto, que Smith era decidido defensor del comercio libre en el plano internacional, ya que de esta forma se incrementaba la productividad nacional al ampliarse la extensión del mercado. En el plano doméstico, Smith también generalmente favorecía una política de mínima intervención del gobierno en el mercado:

Proscritos enteramente todos los sistemas de preferencia o de restricciones, no queda sino el sencillo y obvio sistema de la libertad natural, que se establece espontáneamente y por sus propios méritos. Todo hombre, con tal que no viole las leyes de la justicia, debe quedar en perfecta libertad para perseguir su propio interés como le plazca, dirigiendo su actividad e invirtiendo sus capitales en concurrencia con cualquier otro individuo o categoría de

personas. El Soberano se verá liberado completamente de un deber, cuya prosecución forzosamente habrá de acarrearle numerosas desilusiones, y cuyo cumplimiento acertado no puede garantizar la sabiduría humana ni asegurar ningún orden de conocimiento, ... , a saber, la obligación de supervisar la actividad privada, dirigiéndola hacia las ocupaciones más ventajosas a la sociedad.¹⁴

La acción espontánea del mercado generalmente producirá lo que hoy en día llamamos una “asignación óptima de recursos”, maximizando por tanto el bienestar de la sociedad entera, aun cuando ésta no sea la intención de los individuos involucrados:

Ahora bien, como cualquier individuo pone todo su empeño en emplear su capital en sostener la industria doméstica, y dirigirla a la consecución del producto que rinde más valor, resulta que cada uno de ellos colabora de una manera necesaria en la obtención del ingreso anual máximo para la sociedad. Ninguno se propone, por lo general, promover el interés público, ni sabe hasta qué punto lo promueve ... pero en éste como en otros muchos casos, es conducido por una mano invisible a promover un fin que no entraba en sus intenciones.¹⁵

Por otro lado, pretender asignar los recursos por medio de un plan deliberado requeriría mayores conocimientos que los que puede disponer cualquier individuo. Es más, la mera *presunción* de poder hacerlo lo descalifica para el efecto:

El gobernante que intentase dirigir a los particulares respecto de la forma de emplear sus respectivos capitales, tomaría a su cargo una empresa imposible, y se arrogaría una autoridad que no puede

¹³*Ibid.*, p. 394.

¹⁴*Ibid.*, p. 612.

¹⁵*Ibid.*, p. 402.

confiarse prudentemente ni a una sola persona, ni a un senado o consejo, y nunca sería más peligroso ese empeño que en manos de una persona lo suficientemente presuntuosa e insensata como para considerarse capaz de tal cometido.¹⁶

De hecho, existe un elemento falso y hasta ridículo en la noción de un gobernante que pretende administrar la economía de su pueblo: “Es una vana presunción que sus príncipes y ministros pretendan velar sobre la economía de aquellos pueblos, ... , cuando los más poderosos son los más pródigos de la sociedad. Velando aquellos sobre sus propios gastos, puede esperarse que sin otra diligencia contengan los suyos los particulares. ¡Si su propia extravagancia no arruina al estado, nunca lo logrará la de los súbditos!”¹⁷

Por último, el hecho es que las más de las veces el progreso de la sociedad no se ha logrado como consecuencia de las intervenciones de los gobernantes, sino en todo caso *a pesar de ellas*:

Las grandes naciones nunca se empobrecen por la prodigalidad o la conducta errónea de algunos de sus individuos, pero sí caen en esa situación debido a la prodigalidad y disipación de los gobiernos ... A pesar de esto, la sobriedad y la buena conducta son suficientes, en la mayor parte de los casos, según parece confirmarlo la experiencia, para compensar no sólo los dispendios excesivos de algunas personas, y su equivocada conducta, sino incluso los de la disipación del gobierno. Aquel esfuerzo del hombre, constante, uniforme e ininterrumpido por mejorar de condición, que es el principio a que debe originariamente su opulencia el conjunto de una nación ... , es capaz, por

regla general, de sostener la propensión natural de las cosas hacia su adelanto, a pesar de los gastos excesivos del Gobierno y de los errores de la administración; al igual que el desconocido principio vital restituye casi siempre la salud y el vigor, no sólo a pesar de las enfermedades, sino de las absurdas prescripciones de los doctores.¹⁸

V

La teoría de Adam Smith fue revolucionaria en su época porque contradecía directamente las políticas mercantilistas predominantes. Incluso hoy en día persisten algunos remanentes de estas políticas (y se siguen justificando con los mismos argumentos obsoletos). Como ya mencionamos, uno de los postulados básicos de los mercantilistas era que toda política económica debía evaluarse en función de su efecto sobre la provisión nacional de metales preciosos. (Es importante recordar que en aquella época, la masa monetaria consistía principalmente en dinero metálico.) En ausencia de minas domésticas de oro y plata, el objetivo principal de la política comercial debía ser lograr el mayor exceso posible de exportaciones sobre importaciones, es decir, una balanza comercial favorable. Este era considerado el único medio para incrementar la provisión de metales preciosos en el país, y para lograrlo era necesario fomentar las exportaciones y/o restringir las importaciones mediante intervenciones gubernamentales diseñadas y administradas para ese fin.

Smith criticó las doctrinas y políticas mercantilistas desde varios frentes. En primer lugar, la teoría y práctica del mercantilismo eran incompatibles con su propio modelo de crecimiento económico.

¹⁶*Ibid.*

¹⁷*Ibid.*, p. 313.

¹⁸*Ibid.*, pp. 309-10.

co, que se basaba en el funcionamiento del mercado libre. En el modelo smithiano, las restricciones al comercio libre limitaban la expansión del mercado y, por tanto, el grado de división del trabajo, que él consideraba la fuente última del crecimiento económico. La limitación de la división del trabajo debido a restricciones comerciales era, para Smith, una barrera directa al progreso económico.

Sin embargo, Smith no se limitó a criticar a los mercantilistas dentro de su propio marco conceptual, sino que también atacó las bases mismas de la doctrina mercantilista, comenzando por la errónea identificación de dinero y riqueza: “Sería cosa ridícula en extremo empeñarse en probar seriamente que la riqueza no consiste en dinero, o en la plata y el oro, sino en lo que se compra con el dinero, y que éste sólo vale en cuanto compra”.¹⁹ Smith argumentaba que un incremento en la cantidad de dinero no constituye en sí mismo un aumento en la riqueza real del país, ya que la riqueza verdadera se encuentra en la capacidad productiva de la economía y en los bienes y servicios que esta produce. La crítica de Smith se centraba en la idea de que las políticas mercantilistas, al enfocarse en la acumulación de metales preciosos, estaban basadas en una comprensión errónea de lo que constituye la riqueza de una nación. Esta perspectiva mercantilista no solo era teóricamente incorrecta, sino que también llevaba a la implementación de políticas que podían ser perjudiciales para el crecimiento económico a largo plazo.

La revolución teórica de Smith no solo consistió en proponer un modelo alternativo de crecimiento económico basado en el mercado libre, sino también en rede-

finir el concepto de riqueza de una manera que enfatizaba la importancia de los bienes y servicios sobre los metales preciosos. Este cambio de paradigma sentó las bases para el desarrollo de la economía moderna.

Un ejemplo ilustrativo de esta diferencia es el caso del descubrimiento de América. Este evento fue de gran importancia para Europa, pero no por el influjo de metales preciosos que trajo consigo, sino por la enorme ampliación de los mercados que generó:

En el transcurso de un siglo o dos posiblemente se descubran nuevas minas, más fecundas que las hasta ahora conocidas, pero también es igualmente posible que las que se descubran sean más estériles que las conocidas antes del descubrimiento de América. Sea cualquiera el resultado, tiene muy poca importancia en relación con la riqueza real y la prosperidad del mundo y con el valor real del producto anual de la tierra y del trabajo humano. Es indudable que el valor nominal de este producto, la suma de oro y plata en que se expresa o representa, será muy diferente en ambos casos; pero el valor real del producto, la cantidad real de trabajo que pueda comprar o de que pueda disponer, será siempre la misma.²⁰

Al abrir un mercado tan amplio y nuevo a todas las mercancías de Europa, promovió en las artes una ulterior división del trabajo e hizo posibles adelantos que de otra manera nunca hubieran podido tener lugar, por falta de mercado donde colocar una cantidad tan grande de sus productos en el ámbito limitado del comercio antiguo. Las facultades productivas del trabajo se perfeccionaron y fortalecieron, incrementóse el producto de ellas en todos los países de Europa y creció con él el ingreso y la riqueza real de todos sus habitantes. Casi todas las mercaderías de Eu-

¹⁹*Ibid.*, pp. 385-86.

²⁰*Ibid.*, p. 228.

ropa constituían una novedad para América, y las de América para Europa. Con ello se vino a establecer un nuevo género de cambios en que antes no se había pensado, y que naturalmente había de resultar igualmente ventajoso para el Continente recientemente descubierto como para el Antiguo.²¹

El ataque prosigue inmisericorde. Las doctrinas mercantilistas no sólo están basadas en errores conceptuales, sino que violan el más elemental sentido común:

Lo que es prudencia en el gobierno de una familia particular, raras veces deja de serlo en la conducta de un gran reino. Cuando un país extranjero nos puede ofrecer una mercancía en condiciones más baratas que nosotros podemos hacerla, será mejor comprarla que producirla, dando por ella parte del producto de nuestra propia actividad económica, y dejando a ésta emplearse en aquellos ramos en que saque ventaja al extranjero.²²

En Escocia podrían plantarse muchas viñas y obtenerse muy buenos vinos por medio de invernaderos, mantillo y vidrieras, pero saldrían treinta veces más caros que los de la misma calidad procedentes de otro país. ¿Sería razonable prohibir la introducción de vinos extranjeros sólo con el fin de fomentar la producción de clarete o borgoña en suelo escocés?²³

²¹*Ibid.*, p. 395. Con respecto a este pasaje, conviene anotar que Smith está analizando las consecuencias del descubrimiento para Europa. En este mismo párrafo, sin embargo, el autor admite que en la práctica las consecuencias para los nativos americanos no fueron siempre afortunadas: “La salvaje injusticia de los europeos convirtió en destructor y ruinoso, para varios de aquellos desgraciados países, un suceso que debió haber sido beneficioso para todos”.

²²*Ibid.*, p. 403.

²³*Ibid.*, p. 404.

Por último, los mercantilistas cometen el error de confundir fines y medios, al considerar la actividad económica como un fin en sí mismo, olvidando que el propósito final de toda actividad económica es la satisfacción de las necesidades humanas: “El consumo es la finalidad exclusiva de la producción, y únicamente se deberá fomentar el interés de los productores cuando ello coadyuve a promover el del consumidor. El principio es tan evidente por sí mismo que no merece siquiera la pena de tomarse el trabajo de demostrarlo. Pero, con arreglo a las máximas del sistema mercantil, el interés del consumidor se sacrifica constantemente al del productor, y pretende considerar la producción, y no el consumo, como si fuera el objeto y finalidad de toda la industria y de todo el comercio”.²⁴

Aunque esta observación es evidente, frecuentemente se olvida incluso en la actualidad. Por ejemplo, hoy en día acostumbramos medir la riqueza de una nación por medio de su Producto Interno Bruto (PIB), pero no siempre tomamos en cuenta que una alta tasa de crecimiento del PIB no implica necesariamente una mejoría en la provisión de bienes de consumo. Un caso ilustrativo es el de la economía soviética del siglo XX, que experimentó altas tasas de crecimiento económico aunque, en la práctica, la mayor parte del incremento en la producción consistía de bienes de capital, que eran reinvertidos en el proceso productivo, con poca mejoría en el nivel de vida de los consumidores.²⁵

²⁴*Ibid.*, pp. 588-89.

²⁵Lo que es peor, el alto nivel de inversión no generaba mayores incrementos en la productividad, y es por esto que para sostener una misma tasa de crecimiento la economía soviética requería niveles de inversión mucho mayores que los que se requerían en econo-

Este ejemplo subraya una cuestión fundamental: ¿Debemos interpretar como crecimiento económico un incremento en la producción de bienes que son dedicados únicamente a mantener el aparato productivo, perdiendo de vista que, en última instancia, la razón de ser del aparato productivo debe ser la producción de bienes de consumo? La confusión de fines y medios lleva a políticas que priorizan la producción por sí misma, sin considerar si ésta realmente mejora el nivel de vida.

VI

Smith mismo no era muy optimista en cuanto a la factibilidad política de sus propuestas:

Esperar que en la Gran Bretaña se establezca enseguida la libertad de comercio es tanto como prometerse una Oceana o

mías más productivas. Muchos economistas occidentales habían observado desde hacía mucho tiempo este fenómeno — véase, por ejemplo, G. Warren Nutter, “The Structure and Growth of Soviet Industry”, *Journal of Law and Economics*, 2 (Oct 1959): 147-74 y R. P. Powell, “Economic Growth in the USSR”, *Scientific American*, 219 (6) (1968): 17-23. Sobre las características del crecimiento económico soviético véase Gur Ofer, “Soviet Economic Growth: 1928-1985”, *Journal of Economic Literature*, 25 (1987): 1767-1833. Un buen análisis de los problemas de la economía soviética hacia finales de los años ochenta (i.e., poco antes de su colapso) es el de Richard E. Ericson, *The Soviet Union, 1979-1990* (San Francisco: International Center for Economic Growth, 1990). Es muy interesante notar que un famoso artículo publicado en esa época describe el sistema económico soviético precisamente como un “estado mercantilista”: Gary Anderson, “Profits from Power: The Soviet Economy as a Mercantilist State,” *The Freeman*, 38 (12) (1988): 483-491.

una Utopía. Se oponen a ello, de una manera irresistible, no sólo los prejuicios del público, sino los intereses privados de muchos individuos.²⁶

Sin embargo, Smith no fue un profeta sin honor en su propia tierra, y el tiempo pronto desmintió esta predicción, ya que a principios del siglo XIX, sólo pocas décadas después de su muerte, Gran Bretaña adoptó con éxito el modelo smithiano, lo que la llevó al liderazgo económico mundial.

A lo largo del siglo XIX la aplicación de los principios de libre comercio propugnados por Smith — y fortalecidos teóricamente por los aportes de David Ricardo y otros economistas de lo que se conoce ahora como la “escuela clásica” de economía política — condujeron a una tremenda expansión del comercio internacional, con enormes beneficios en términos de desarrollo económico mundial. Esto fue reconocido incluso por los más severos críticos del sistema capitalista. Por ejemplo, Marx y Engels, en su “Manifiesto Comunista”, expresaron gran admiración por los logros económicos alcanzados por lo que ellos llamaban el “sistema burgués”:

La burguesía ha desempeñado, en la historia, un papel altamente revolucionario ... [H]a creado maravillas muy distintas a las pirámides de Egipto, a los acueductos romanos y a las catedrales góticas, y ha realizado campañas muy distintas a las emigraciones de los pueblos y las Cruzadas Merced al rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y al constante progreso de los medios de comunicación, la burguesía arrastra a la corriente de la civilización a todas las naciones, hasta las más bárbaras La burguesía, a lo largo de su dominio de clase, que cuenta apenas con un siglo de existencia, ha creado fuerzas productivas

²⁶Smith, *op. cit.*, p. 415.

más abundantes y más grandiosas que todas las generaciones pasadas juntas. El sometimiento de las fuerzas de la naturaleza, el empleo de las máquinas, la aplicación de la química a la industria y a la agricultura, la navegación de vapor, el ferrocarril, el telégrafo eléctrico, la asimilación para el cultivo de continentes enteros, la apertura de los ríos a la navegación, poblaciones enteras surgiendo por encanto, como si brotaran de la tierra. ¿Cuál de los siglos pasados pudo sospechar siquiera que semejantes fuerzas productivas dormitasen en el seno del trabajo social?²⁷

Gracias al comercio internacional, se logró un alto grado de integración de las economías nacionales. En efecto, lo que hoy en día llamamos “globalización” era ya una realidad tangible a fines del siglo XIX. El grado en que la economía mundial se había “globalizado” antes de 1914 fue descrito de forma muy elocuente por John Maynard Keynes poco después de finalizada la Primera Guerra Mundial:

¡Qué episodio tan extraordinario en el progreso económico del hombre fue aquella época que llegó a su fin en agosto de 1914! Es cierto que la mayor parte de la población trabajaba duro y vivía con un bajo nivel de comodidad, pero, según todas las apariencias, estaba razonablemente satisfecha con esta suerte. Pero el escape era posible, para cualquier hombre con capacidad o carácter que excediera en algo el promedio, hacia las clases media y alta, para quienes la vida ofrecía, a bajo costo y sin mayor problema, comodidades, amenidades y beneficios más allá del alcance de los monarcas más ricos y poderosos de otras épocas. El habitante de Londres podía encargarse por teléfono, mientras tomaba el té de la mañana en la

cama, los diversos productos de toda la tierra, en la cantidad que considerara adecuada, y esperar razonablemente que se le entregaran pronto en la puerta de su casa; podía, al mismo tiempo y por los mismos medios, aventurar su riqueza en los recursos naturales y nuevas empresas de cualquier parte del mundo, y compartir, sin esfuerzo y sin problemas, sus futuros frutos y ventajas; o podría decidir confiar la seguridad de su fortuna a la buena fe de los habitantes de cualquier municipio importante de cualquier continente que su imaginación o información le recomendaran. Podía conseguir inmediatamente, si lo deseaba, medios de transporte baratos y cómodos hacia cualquier país o clima sin pasaporte u otra formalidad, podía enviar a su sirviente a la oficina vecina de un banco para obtener la cantidad de metales preciosos que le pareciera conveniente, y luego podría viajar a lugares extranjeros, sin conocimiento de su religión, idioma o costumbres, llevando consigo riqueza acuñada, y se consideraría muy agraviado y muy sorprendido ante la menor interferencia. Pero, lo más importante de todo, consideraba este estado de cosas como normal, seguro y permanente, excepto en la dirección de una mejora ulterior, y cualquier desviación de él como aberrante, escandalosa y evitable.²⁸

Esta situación fue completamente trastocada por la Primera Guerra Mundial, y la tarea de reestablecer el sistema de comercio mundial libre y abierto que existía antes de 1914 tomó mucho tiempo, principalmente debido a las extensas

²⁷Karl Marx y Friedrich Engels, “Manifiesto del Partido Comunista” [1848], en *Obras Escogidas*, vol. I (Moscú: Editorial Progreso, 1977), pp. 23-25.

²⁸John Maynard Keynes, *The Economic Consequences of the Peace* [1919], *The Collected Writings of John Maynard Keynes*, vol. II (London: Macmillan, 1971), pp. 6-7 (traducción libre). El mejor recuento breve de la evolución del sistema de comercio mundial durante el siglo XIX sigue siendo el de William Ashworth, *A Short History of the International Economy, 1850-1950* (London: Longmans, Green & Co., 1952), especialmente el Capítulo VI.

disrupciones geopolíticas y económicas causadas por las dos guerras mundiales y la Gran Depresión. No es posible proporcionar aquí un listado exhaustivo de los eventos que siguieron, pero en una brevísima relación de la historia del sistema de comercio mundial se destacarían los siguientes puntos clave:

- Antes de 1914, como señaló Keynes, el comercio mundial era casi completamente libre y abierto, caracterizado por bajos aranceles y mínimas barreras comerciales, especialmente entre las naciones europeas y sus colonias.
- La Primera Guerra Mundial interrumpió severamente el comercio internacional, y los países impusieron barreras comerciales y restricciones para proteger sus economías y apoyar los esfuerzos bélicos.
- El período de entreguerras vio una continuación de políticas proteccionistas. La Ley Smoot-Hawley de 1930 en los Estados Unidos, por ejemplo, aumentó los aranceles sobre más de 20,000 bienes importados.²⁹ La Gran Depresión exacerbó aún más estos problemas, ya que los países recurrieron al proteccionismo para tratar de salvaguardar sus economías domésticas, lo que llevó a una calamitosa contracción en el volumen del comercio internacional.³⁰

²⁹Douglas A. Irwin, *Peddling Protectionism: Smoot-Hawley and the Great Depression* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2011) proporciona un análisis muy detallado de los antecedentes de la Ley Smoot-Hawley, su implementación, y sus consecuencias.

³⁰“Entre 1929 y 1933, la caída en el valor del comercio mundial fue asombrosa: 65 por ciento en términos de dólares-oro ... A medida que el mundo se sumía en las profundidades de la Depresión, el valor del comercio mundial cayó cada mes por más de cuatro

- La Segunda Guerra Mundial causó una devastación adicional y una desintegración aún mayor de las redes de comercio internacional.
- El establecimiento en 1947 del Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT, por sus siglas en inglés) marcó el inicio de un esfuerzo sistemático para reducir los aranceles y otras barreras comerciales. El GATT tenía como objetivo promover el comercio internacional a través de negociaciones multilaterales.
- En los años cincuenta y sesenta del siglo XX, a través de sucesivas rondas de negociaciones del GATT, los aranceles se redujeron gradualmente y el comercio internacional comenzó a recuperarse. Los años sesenta, en particular, vieron un crecimiento económico significativo y un aumento en el comercio entre los países occidentales.
- La formación de la Comunidad Económica Europea en 1957 (que más tarde formó el núcleo de la Unión Europea), desempeñó un papel crucial en la reducción de barreras comerciales entre sus estados miembros y en la promoción de la integración económica en Europa.
- Ronda de Tokio (1973-1979) y Ronda de Uruguay (1986-1994): Estas rondas de negociación del GATT redujeron

años” (Douglas A. Irwin, *Trade Policy Disaster: Lessons from the 1930s* [Cambridge, MA: MIT Press, 2012], p. 100; la gráfica reproducida en la p. 101 de este libro tiene que verse para creerse). En parte este efecto se debió a la gran deflación de precios que acompañó al colapso económico, pero aun ajustando por este factor, la caída del comercio mundial en términos reales durante el período mencionado fue más de 25 por ciento, un fenómeno nunca antes visto (y que felizmente tampoco ha vuelto a suceder).

aún más los aranceles y abordaron las barreras no-arancelarias, sentando las bases para el establecimiento de la Organización Mundial del Comercio (OMC) en 1995.

- La creación de la OMC marcó un hito en el restablecimiento de un sistema de comercio global. La OMC proporcionó un marco institucional más robusto para el comercio internacional, abarcando compromisos más amplios y profundos que el GATT.

Para mediados de la década de 1990, el mundo había reestablecido en gran medida un sistema de comercio libre y abierto similar al que existía antes de 1914. Este proceso tomó aproximadamente medio siglo, desde el final de la Segunda Guerra Mundial en 1945 hasta la creación de la OMC en 1995.³¹

³¹Como se aprecia de esta apretada síntesis, el sistema de comercio globalizado pre-1914 surgió espontáneamente, pero una vez disuelto por los eventos históricos mencionados, reconstituirlo requirió una larga y compleja serie de negociaciones multilaterales. De la enorme bibliografía sobre este tema, podemos destacar las siguientes obras: Kenneth W. Dam, *The Creation of the GATT* (Chicago: University of Chicago Press, 1970), Jon S. Odell, *Negotiating the World Economy* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 2000), y *From GATT to the WTO: The Multilateral Trading System in the New Millennium* (New York: Springer, 2005), editado por Patrick F. J. Macrory, Arthur E. Appleton y Michael G. Plummer. Estos libros ofrecen una visión amplia de la transición del GATT a la OMC, y son fundamentales para comprender las complejidades y el desarrollo del sistema de comercio mundial, especialmente en el contexto de las negociaciones y acuerdos que determinaron la estructura y funcionamiento del comercio internacional desde la Segunda Guerra Mundial hasta la actualidad.

VII

Gracias a estos esfuerzos, el sistema de comercio mundial “globalizado” descrito por Keynes en 1919 es hoy en día reconocible para un habitante del siglo XXI (aunque la inexistencia de pasaportes sigue siendo difícil de visualizar). Pero no cantemos victoria, ni proclamemos prematuramente “el fin de la historia” — como lo hizo famosamente Francis Fukuyama en vísperas del colapso de la Unión Soviética y sus satélites en Europa del Este.³² Aunque el actual sistema de comercio mundial se asemeja mucho al sistema libre y abierto que prevalecía pre-1914, el mercantilismo es una doctrina insidiosa que nunca desaparece del todo. De hecho, en Estados Unidos la política comercial de la primera administración Trump estaba predicada explícitamente en el proteccionismo — los dos capítulos de *La riqueza de las naciones* donde se critican las teorías mercantilistas podrían ser leídos, con mucho provecho, por el presidente Donald Trump y sus asesores (especialmente en vista de su extraña creencia de que las guerras comerciales son “fáciles de ganar”) — y en la administración Biden, aunque la retórica fue diferente, no se modificó esta postura en la práctica.³³

En su más reciente campaña electoral, Trump anunció que, si fuera reelegido, elevaría los aranceles estadounidenses a 60 % sobre el valor de importaciones de China, y a 10 % sobre importaciones del

³²Francis Fukuyama, “The End of History?” *National Interest*, No. 16 (Summer 1989), pp. 3-18.

³³La aplicación, durante el gobierno de Joe Biden, de aranceles de 100 % sobre importaciones de carros eléctricos chinos es un ejemplo muy claro (*The Guardian*, May 14, 2024).

resto del mundo, lo cual elevaría el arancel promedio en Estados Unidos de 2 % a 17 %.³⁴ En los primeros meses de su segundo mandato, Trump de hecho implementó políticas arancelarias mucho más radicales que lo prometido en su campaña, y el 2 de abril de 2018 (día que Trump proclamó como «Día de la Liberación») anunció un arancel básico del 10 % sobre todas las importaciones, además de una lista variada de aranceles aún más altos para 60 países, y aranceles especiales para productos específicos. Esto provocó medidas de represalia por parte de los principales socios comerciales de Estados Unidos lo cual, aunado a la incertidumbre causada por la errática implementación de los llamados “aranceles recíprocos”, produjo un pánico bursátil y, posteriormente, alta volatilidad en los mercados. El desenlace final de todo esto está aún por verse.

Este giro hacia el mercantilismo en Estados Unidos es relativamente reciente. La práctica del mercantilismo en China, en cambio, es de larga data. Este país fue testigo de grandes transformaciones en las últimas cuatro décadas, y de hecho, una lectura superficial de su historia económica reciente podría hacer pensar que es un buen ejemplo de la aplicación del modelo “smithiano”. En efecto, desde que Deng Xiaoping implementó su programa de reformas económicas en los años ochenta del siglo XX, China logró desarrollar una de las economías más pujantes del mundo, y uno de sus logros más impresionantes ha sido la reducción en la pobreza en China. Gracias a las reformas de Deng y sus sucesores, cientos de millones de personas pudieron salir de la pobreza extrema, especialmente en las

últimas dos décadas del siglo XX.³⁵ El impacto de estas políticas es sin duda un gran mérito y no puede ser subestimado. Al convertir a China en una potencia económica, estas reformas no solo mejoraron las condiciones de vida de su propia población, sino que también redefinieron el panorama económico mundial. La impresionante reducción de la pobreza en China es un logro que debe ser celebrado y estudiado como un ejemplo de cómo las reformas económicas bien diseñadas pueden transformar un país y beneficiar al mundo entero.

Por otro lado, en el curso de su ascenso como potencia económica global, y especialmente en las últimas dos décadas, China ha implementado una serie de políticas que reflejan ciertos aspectos mercantilistas, a pesar de su integración en el sistema de comercio internacional. Concretamente:

- El gobierno chino mantiene un control significativo sobre sectores estratégicos de la economía a través de empresas estatales. Esta intervención permite dirigir la producción y las inversiones en áreas consideradas cruciales para el desarrollo económico y la competitividad global, similar al enfoque mercantilista de utilizar el poder del estado para dirigir la economía.

³⁴Greg Ip, “Tariffs Wielded as a Geopolitical Tool”, *Wall Street Journal*, May 31, 2018, p. A1.

³⁵De hecho, dado el tamaño de la población china, la reducción de la pobreza en China en esos años fue tan grande que impactó sobre la incidencia de la pobreza a nivel mundial. Hace unos años, por ejemplo, en un estudio del Banco Mundial se estimó que entre 1980 y 2000 la mayor parte de la reducción de pobreza extrema a nivel mundial se dio como resultado de las tendencias en China (Shaohua Chen y Martin Ravallion, “How Have the World’s Poorest Fared since the Early 1980s?” *World Bank Research Observer*, 19 [2] [2004]: 141-169).

- China ha promovido activamente sus exportaciones mediante subsidios, incentivos fiscales y políticas que favorecen a las empresas exportadoras, al igual que en el mercantilismo, donde se valoraban las exportaciones como una fuente principal de riqueza nacional, China busca aumentar su superávit comercial para acumular reservas de divisas y fortalecer su posición económica global.
- China implementa medidas proteccionistas para proteger sus industrias nacionales. Estas medidas incluyen aranceles, cuotas de importación y barreras no-arancelarias, así como estrictas regulaciones y normas técnicas que dificultan la entrada de productos extranjeros.
- Por mucho tiempo el gobierno chino ha sido acusado de mantener su moneda, el yuan, artificialmente subvaluada para hacer sus exportaciones más competitivas en el mercado internacional. Aunque China ha permitido cierta apreciación del yuan en años recientes, la gestión del tipo de cambio sigue siendo una herramienta para favorecer las exportaciones.
- Como resultado de estas políticas, China ha acumulado vastas reservas de divisas, particularmente en dólares estadounidenses, a través de su superávit comercial. (La acumulación de reservas internacionales es el equivalente moderno de la acumulación de metales preciosos en los siglos XVI y XVII. En ambos casos, dicha acumulación es vista como una medida de la riqueza y el poder nacional.)

Todas estas políticas reflejan aspectos del mercantilismo, adaptados a las condiciones del siglo XXI y a la economía globalizada. A través de la intervención estatal, el fomento de las exportaciones, la protección de la industria nacional, la

manipulación de la moneda y la acumulación de divisas, China ha seguido un camino que busca fortalecer el poder del Estado y consolidar su posición como una potencia global. Dado el peso específico de China en la economía mundial, estas tendencias son sin duda preocupantes, y no solo demuestran la persistencia de ideas mercantilistas en la política económica moderna, sino que plantean grandes desafíos para el comercio y la cooperación internacional en el siglo XXI.³⁶

VIII

En el siglo XX la demostración más elocuente de la validez del análisis smithiano lo constituyeron las dramáticas diferen-

³⁶Si las cifras citadas en la Nota 34 son correctas, alrededor de 14 % de las importaciones anuales de Estados Unidos provienen de China, y para muchos otros países la proporción es aún mayor. El libro de Paul G. Clifford, *The China Paradox: At the Front Line of Economic Transformation*, 2ª ed. (Boston, MA: DeGruyter, 2022) explora la transformación económica de China, explicando cómo la misma combina elementos tanto de la economía de mercado y como del mercantilismo, y ofrece una perspectiva detallada sobre las políticas económicas y el papel del Estado en ese país. (Hemos tratado en este ensayo de eludir cuestiones de ideología política, pero no está de más comentar que China sigue siendo gobernada por un partido comunista autoritario que no muestra signo alguno de apertura democrática. Durante las primeras décadas de las reformas, muchos observadores occidentales pensaron que la apertura de China al mercado mundial produciría también, gradualmente, una apertura correspondiente en el ámbito político, pero hasta ahora esto no ha sucedido ni remotamente, y tampoco hay señales de que pueda suceder en un futuro previsible. Más bien, todo parece indicar que bajo el mando de Xi Jinping las cosas de hecho están empeorando en este aspecto.)

cias observadas en el desempeño de los países subdesarrollados. En el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, muchos de estos países adoptaron políticas de desarrollo que se pueden describir como “orientadas hacia adentro”, esto es, protegiendo sus industrias domésticas por medio de barreras arancelarias y otras restricciones a la importación. El otro grupo de países, menos numeroso y ejemplificado principalmente por Corea del Sur y Taiwán, adoptó políticas “orientadas hacia afuera”, integrándose al mercado mundial y abriendo sus economías domésticas a las fuerzas de la competencia internacional. (En el ámbito latinoamericano, el caso emblemático es el de Chile, cuyo desarrollo económico contrasta marcadamente con el de la mayoría de los otros países de esta región.)

Es bien sabido, por supuesto, que los resultados obtenidos se inclinan enormemente en favor del segundo grupo de países, aunque no es éste el lugar para realizar una crónica detallada de sus logros económicos.³⁷ Baste con señalar que

estos países no sólo evitaron los problemas del desarrollo hacia adentro, sino que participaron más plenamente de los beneficios que proporciona el comercio internacional: mejor asignación de recursos y un uso más intensivo de la mano de obra doméstica. Puesto que los mercados domésticos de los países sub-desarrollados son muy pequeños, la participación en el comercio internacional les permite trascender las limitaciones de sus mercados internos para aprovechar economías de escala y utilizar plenamente su capacidad instalada. Por último, al generar mayores ingresos, la participación en el comercio internacional también tiende a incrementar el ahorro doméstico, proporcionando los recursos necesarios para financiar futuras inversiones.

En general, la evidencia empírica favorece abrumadoramente la validez de lo que hemos llamado aquí “el modelo smithiano”. Un buen acercamiento a esta evidencia se obtiene mediante el análisis de un indicador comparativo muy utilizado en la actualidad para medir el grado de

³⁷El despegue económico de Taiwán y Corea del Sur ya era notorio desde los años ochenta del siglo pasado. Sobre este tema véase S. C. Tsiang, “Taiwan’s Economic Miracle: Lessons in Economic Development”, en A. C. Harberger (ed.), *World Economic Growth* (San Francisco: ICS Press, 1984), pp. 301-25, William E. James, Seiji Naya y G. M. Meier, *Asian Development: Economic Success and Policy Lessons* (San Francisco: International Center for Economic Growth, 1987), y Lawrence J. Lau (ed.), *Models of Development: A Comparative Study of Economic Growth in South Korea and Taiwan* (San Francisco: International Center for Economic Growth, 1990). Con relación a Chile, en los años setenta del siglo XX ese país inició una serie de reformas — inicialmente impuestas por un gobierno militar pero que fueron mantenidas por sucesivos gobiernos civiles luego del retorno a la democracia en 1989 — que die-

ron por resultado un crecimiento económico muy por encima del promedio latinoamericano. El economista chileno Sebastián Edwards proporciona una descripción histórica muy detallada de los logros del “modelo chileno” y de las fortalezas (y debilidades) de las reformas implementadas por los llamados “Chicago Boys” en su libro *The Chile Project: The Story of the Chicago Boys and the Downfall of Neoliberalism* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2023). En América Latina, el país que más se ha diferenciado de Chile en el último cuarto de siglo es Venezuela, con políticas económicas diametralmente opuestas y con resultados de sobra conocidos: desastre económico y crisis social generalizada. Sobre el caso venezolano véase William Neuman, *Things Are Never So Bad That They Can’t Get Worse: Inside the Collapse of Venezuela* (New York: St. Martin’s Press, 2022).

“libertad económica” en un país. Este índice, conocido como el “Economic Freedom of the World Index”, fue desarrollado por un grupo de investigadores encabezado por James Gwartney y Robert Lawson, y ha sido publicado con regularidad por el Instituto Fraser, de Canadá, desde hace casi tres décadas (el primer informe fue publicado en 1996). No viene al caso repasar aquí los aspectos técnicos y los componentes detallados de este índice, pero lo que sí vale la pena resaltar es que en la práctica dicho índice mide, numéricamente, el grado en que la economía de un país se aproxima al ideal del sistema económico pregonado por Smith.³⁸ Y lo que es aún más interesante, existe abundante evidencia cuantitativa de que los países que puntúan alto en el índice efectivamente tienen tasas más altas de crecimiento económico a largo plazo, y por tanto mayores niveles de ingresos reales cápita. En el estudio más reciente de esta correlación los autores realizaron una detallada revisión de 137 trabajos empíricos publicados desde 1997, y constatan que la gran mayoría de estos trabajos encuentran que la libertad económica está positivamente relacionada con los ingresos reales, con el crecimiento económico, y con la inversión.³⁹

³⁸Una buena explicación resumida del índice y sus componentes la proporciona Matthew D. Mitchell, *Economic Freedom: What Is It, How Is It Measured, and How Does It Affect Our Lives?* (Vancouver, BC: Fraser Institute, 2024).

³⁹Robert Lawson, Vincent Miozzi y Meg Tuszynski, “Economic Freedom and Growth, Income, Investment, and Inequality: A Quantitative Summary of the Literature”, *Southern Economic Journal*, 90 (4) (2024): 1099–1135. Los autores de este estudio (uno de los cuales es uno de los creadores del índice de libertad económica), son muy explícitos en reconocer la conexión directa con el modelo smithiano: “El vínculo teórico entre la liber-

Las lecciones son bastante claras: el espectacular crecimiento de Corea del Sur, Taiwán, Chile y otros países con economías orientadas “hacia afuera” es prueba palpable de la viabilidad del modelo smithiano, mientras que las crisis económicas que hoy observamos en muchos países subdesarrollados son evidencia del agotamiento de un modelo de desarrollo esencialmente mercantilista. Por cierto que para Adam Smith esto no tendría nada de sorprendente. ¿Habremos nosotros aprendido nuestras lecciones?

IX

La crítica del mercantilismo en *La riqueza de las naciones* sigue siendo un elemento fundamental de la teoría económica moderna. Al dismantelar el énfasis mercantilista en los excedentes comerciales y la riqueza atesorada, Adam Smith introdujo un cambio de paradigma hacia la comprensión de las verdaderas fuentes de la prosperidad de una nación: el trabajo productivo, los mercados libres y la competencia. Su defensa de la “mano invisible” del mercado subraya el potencial de las economías autorreguladas para asignar recursos de manera eficiente y fomentar la innovación. En el contexto contemporáneo, las ideas de Smith siguen resonando, ahora que el proteccionismo, el nacionalismo económico y las guerras comerciales están nuevamente a la orden del día.

tad económica y el crecimiento, el ingreso y la inversión está razonablemente bien establecido en la tradición de la economía liberal que se remonta a Adam Smith. El argumento de Smith era que un sistema económico de ‘libertad natural’ fomentaría la división del trabajo, la especialización y el comercio, lo que mejoraría el crecimiento y, en última instancia, la ‘riqueza de la nación’ ...” (p. 1101).

El debate moderno sobre los aranceles, las barreras comerciales y la manipulación cambiaria refleja las preocupaciones mercantilistas sobre el mantenimiento de balanzas comerciales favorables. Sin embargo, la economía globalizada del siglo XXI, con sus intrincadas cadenas de suministro y mercados interdependientes, demuestra las limitaciones de tales enfoques. Los principios de Smith sugieren que fomentar la apertura de mercados y la competencia puede conducir a un crecimiento económico sostenible y duradero, incluso en una era de tensiones geopolíticas.

La crítica smithiana del mercantilismo no sólo desmanteló la ortodoxia económica predominante en su época sino que también sentó las bases para el pensamiento económico futuro, y sus enseñanzas sobre los beneficios del libre mercado, la competencia y la división del trabajo continúan informando los debates económicos contemporáneos. A medida que enfrentamos nuevas realidades económicas, el trabajo de Smith sirve como un recordatorio atemporal de los principios que sustentan las economías prósperas y dinámicas

Aunque escrita en inglés en el siglo XVIII, *La riqueza de las naciones* ahora pertenece al mundo y a todos los tiempos. Smith separó definitivamente la economía del restrictivo marco de referencia mercantilista, que negaba los beneficios del intercambio entre las naciones, e hizo de ella el estudio del orden social espontáneo (y generalmente no-intencionado) que surge de los intercambios voluntarios entre individuos libres, intercambios que producen beneficios para todas las partes involucradas, sean domésticas o extranjeras. En tanto sobreviva en este mundo el amor por la libertad, los hombres libres seguirán inspirándose en Adam Smith, autor de *La riqueza de las naciones*.